

SÓLLER

SEMANARIO

FUNDADOR Y DIRECTOR PROPIETARIO: D. Juan Marqués Arbona

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: calle de San Bartolomé n.º 17—SÓLLER (Baleares)



EL JOVEN

Jaime Antonio Magraner Marqués

Soldado de Aviación, de servicio en la Red de Acecho

Murió por Dios y por la Patria el próximo pasado domingo, día 19, a las cuatro y media de la tarde, en el Hospital Militar de Palma

A LA EDAD DE 23 AÑOS

HABIENDO RECIBIDO LOS SANTOS SACRAMENTOS Y LA BENDICION APOSTOLICA

==== (R. I. P.) ====

Sus atribulados madre, D.^a Rosa Marqués Coll, Vda. de J. Magraner; abuelos: D.^a Luisa Berio Rullán, Vda. de Magraner, y D. Juan Marqués Arbona; tíos: D. Antonio, D. Francisco, D. Juan y D. José Magraner Berio; D. Guillermo, Srta. Catalina, D.^a María, D. Miguel y D.^a Antonia Marqués Coll; tíos: políticos D.^a Rosa Vicens Castañer, D.^a Catalina Rosselló Barceló, D.^a Ana Cortés Enseñat, D.^a Paula Marcús Rullán, D. Juan Casamayor, D.^a Rosa-María Oliver Oliver y D. Andrés Cañellas Muntaner; primos, primas y demás parientes, participan a sus amigos y conocidos esta sensible e irreparable pérdida y les suplican tengan presente en sus oraciones el alma del finado, por lo que les quedarán agradecidos.

El Excmo. y Rdmo. señor Arzobispo-Obispo de Mallorca se ha dignado conceder indulgencias en la forma acostumbrada.



D.^a Catalina Rosselló Castañer

falleció en esta ciudad, en la mañana del día 19 de Diciembre de 1937,

A LA EDAD DE 68 AÑOS

HABIENDO RECIBIDO LOS SANTOS SACRAMENTOS

==== (E. P. D.) ====

Sus atribulados esposo, D. Jaime Pons Miró; hijas: D.^a Catalina Vda. de Marqués, y D.^a Paula; hijo político: D. Gabriel Estelrich, alférez de Artillería (ausente); nietos: Srtos. Ramón, Jaime, Francisca, Catalina y Baltasar Marqués Pons; Bartolomé, Catalinita y Jaimito Estelrich Pons; sobrinos, primos y demás parientes participan a sus amigos y conocidos esta dolorosa pérdida y les ruegan tengan presente en sus oraciones, el alma de la finada, por lo que recibirán especial favor.

El Excmo. y Rdmo. señor Arzobispo-Obispo de Mallorca se ha dignado conceder indulgencias en la forma acostumbrada.

A LA MEMORIA DE JAIME A. MAGRANER MARQUES

Primera víctima sollerense de la metralla traidora

Endecha al ausente

Tú sabes por qué mi pluma, tan inquieta y diligente en otros instantes, permanece ociosa e inmóvil en estas horas graves. Y tú, mejor que nadie, comprenderás por qué quiebro mi temporal mutis no ahora. En la hora amarga y cruel en que te vas de nuestro lado para siempre, no quiero te falte este modesto y único homenaje que yo puedo rendirte. Quiero desflorar sobre la tumba ancestral, recién removida para acogerte amorosamente en su regazo, este puñado de pensamientos rociados de lágrimas que sean mi despedida momentánea. Quiero tejer en breves líneas tu loanza, que te mereces más que ninguno. Quiero que al trasponer los umbrales de la Eternidad te acompañe el recuerdo de cuantos te conocieron y amaron, a través de mis pobres palabras. Por esto mi pluma enmohecida vuelve a deslizarse sobre la blancura del papel.

De tí, de tu innata bondad, de tu exquisita pulcritud, no nos queda ya más que un rosado recuerdo que la brevedad de tu dolencia hace palpable aún. Así queremos aprisionarlo para hacerlo vivir en nosotros imperecederamente. Los que vivimos a tu vera y sabemos de las excelcitudes de tu alma, no queremos admitir tu pérdida definitiva, que sería tanto como aceptar la legitimidad del rapto de que has sido objeto. Más bien nos dejamos llevar por la idea de que sigues en tu puesto de observación, montando la guardia eterna; ausente de nosotros, sí, pero aguardando un permiso que no ha de llegar nunca. De este modo, la amargura de la ausencia se diluye en la bruma difusa de la imaginación y tu recuerdo nos sonríe y nos acompaña.

Todo lo que nos rodea nos habla de tí y nos hace permanente tu presencia: tus libros, tus pinceles, la caja de tu violín, tus apuntes, todo ordenado y guardado en su sitio como si lo acabaras de dejar y como si después del paso de las escuadras debieras cogernos de nuevo. Cuando desde la ventana de tu cuarto me asomo al jardín, me parece verte cruzarlo con la blusa gris, atareado en algún quehacer que nadie como tú realizaba con tanta delicadeza y meticulosidad. Y si desde el jardín contemplo tu cuarto, me parece oír tu voz opaca a través de chorros de agua, o de las armonías de tu instrumento. Hasta tu perfume trasciende de todas las cosas que te rodeaban y que, al no tenerle a nuestro lado, nos hacen material tu recuerdo.

Cuando estuviste con nosotros te quisimos como te merecías. Eras la bondad, la mansedumbre, la delicadeza personificadas. A la fuerza deblamos amarte porque la dulzura de tu carácter levábase prendido el afecto de cuantos te conocían, cuánto y más de aquellos que vivíamos en el círculo de tus afecciones más íntimas. No eras capaz de ofender ni de agraviar a nadie. Nunca salió de tus labios una palabra dura ni ofensiva que pudiera molestar a persona alguna. Hasta cuando nuestra casa solariega era azotada, como en estos instantes, por los más duros embates de la vida, no se escapaba de tí queja alguna y sabías sufrir resignadamente los golpes de la adversidad.

Cuando la vida parecía sonreírte, cuando en tu porvenir se dibujaba concretamente lo que debía ser tu futuro hogar venturoso, he aquí que la Fatalidad ha venido a segar de cuajo y del modo más impensado y doloroso tu vida llena de promesas e ilusiones. Una bala traidora, doblemente traidora por ser nuestra y por acechar aún en la intimidad de su propio hogar la vida de un muchacho al servicio de su patria, ha venido a echar por

tierra esta ventura que te aguardaba y en convertir en sollosos las risas que llenaron siempre nuestro lar. Nuestra casa siente gravitar sobre sí todo el peso de su enorme desgracia al verte partir hacia el puesto que tienes ahí, sobre los luceros rutilantes, para no sentir nunca más el calor de tu presencia ni la dulzura de tu corazón.

Te has ido materialmente, pero tu espíritu queda en esta casa, y en lo más recóndito del alma de todos los tuyos vivirás siempre presente en el afán de todas las horas y de todos los instantes.

MIGUEL MARQUÉS COLL.



JAIME ANTONIO MAGRANER MARQUÉS

soldado de Aviación perteneciente a la Red de Acecho, destacado en el puesto de observación de Muleta, que el pasado domingo falleció a consecuencia de las heridas recibidas el día del último ataque de los aviones rojos.

MARTIRIOS

¿Quién hubiera podido prever, ni sospechar siquiera, un desenlace tan rápido y tan fatal? ¿Quién predecir hubiera osado, en el instante de producirse el desgraciado accidente, que unas tan diminutas partículas de metralla pudieran causar en unos pocos días tan desastrosos efectos?

Es que esa metralla emponzoñada, al igual que las aseveraciones venenosas del calumniador, que momentáneamente empañan y trituran el cristal de la más límpida reputación, en cuanto se pone en contacto con la sangre la deja, momentáneamente también, intoxicada. Y ya entonces el infeliz que la ha recibido sólo por un milagro consigue librarse de su acción mortífera, como el calumniado vea imposibilitado de recuperar la buena fama que por la patraña se le quiso quitar.

Este ha sido el caso de nuestro amado Jaime Antonio: la venenosa metralla produjo con rapidez suma la intoxicación, y luego la septicemia, su secuela inmediata, minando el juvenil y robusto organismo de su víctima, en breve lapso de tiempo y después de atroces dolores le arrancó la vida.

¿Por qué no haría su explosión en los aires, como debía, esa funesta bala que nuestros antiaéreos lanzaron contra los aviones enemigos que cruzaban este valle al dirigirse a Palma para sembrar allí el espanto y la desolación, en vez de caer y explotar en la terraza de esta imprenta, donde había de causar ese daño irreparable que ya durante toda nuestra vida hemos de llorar? ¡Inescrutables de signos de la Providencia!

Era, al parecer, el predestinado para víctima—¡para la única víctima en esta

ciudad!—ese joven inteligente y amable que en el puesto de observación de la Red de Acecho, en cumplimiento de sus deberes militares había arrojado todos los peligros desde que se inició el Movimiento Salvador de nuestra Patria. Y en circunstancias muy singulares, casi inverosímiles, se cumplió el desdichado sino.

Dos solamente de la infinidad de pequeños cascos que esparcieron al verificarse la explosión atravesaron la madera de la puerta, casi a ras del suelo, en el instante de cerrarla Jaime Antonio para dirigirse al refugio—en cuanto se dió cuenta de que eran enemigos

COLABORACIÓN

ALAS

La muerte, para arrancar una vida, no necesita de extraordinarias circunstancias, ni de grandes riesgos, ni de inminentes peligros... Deja a veces en sus penos a los que parecen más seguros de caer en sus manos descarnadas, y coge por sorpresa a los que de ellas parecen más lejanos: No corta con su guadaña la espiga que se alza desamparada en medio del campo a merced de todos los contratiempos, y arranca la violeta que brota entre musgo al amparo de la hendidura de una peña... Pasa unas veces, casi rozando, dejándose sentir sin acabar de llegar, y llega otras veces, definitivamente, sin dejarse sentir...

A él, fué a buscarlo en su propia casa. Tantas veces como había estado al acecho vigilando en las inmensidades azules del mar y del cielo, y no fué la muerte a encontrarlo en su puesto de peligro. Y una tarde en que, momentáneamente libre de servicio, se hallaba en el seguro del hogar, allí fué la muerte a morderle la carne con metralla...

A la luz gris y pálida del último crepúsculo de otoño, las cruces de piedra del cementerio parecían más blancas y los cipreses más altos y erguidos... ¡Los cipreses! Con su gesto dirigido al cielo, con su anhelo de dominar la altura, semejan también una red de acecho siempre en vigilancia... Allí, los azules soldados de aviación rodearon al compañero a quien la muerte arrancó de la vida, mientras ante él la muchedumbre desfilaba emocionada. Sobre su juventud inmóvil se inmovilizaron las alas que eran el distintivo de su uniforme. La muerte, que tan temprana se puso en su camino, cortó su vuelo ilusionado al arrancarle las alas de la vida. Pero Dios, en cambio, le ha dado las alas de la inmortalidad. Ellas serán desde ahora su nuevo distintivo. Con ellas seguirá prestando servicio de vigilancia: sobre su madre dolorosa... sobre los corazones que lo amaron... sobre los ojos que lloran su ausencia... Porque una existencia que acaba es una eternidad que comienza: y en la eternidad no se olvidan a los que en la tierra se quedan, y en ella, las frágiles alas de la vida que cortó la muerte son, por Dios, cambiadas por las fuertes e inquebrantables alas de la inmortalidad.

F. A.

Sóller-21 XII-1937

SEMBLANZA DE JAIME ANTONIO

Al escribir la Crónica de nuestro número anterior hubimos de incluir en ella una gaceta dando cuenta del curso que venía siguiendo en su dolencia nuestro querido Jaime Antonio Magraner Marqués, soldado de Aviación perteneciente a la Red de Acecho de Baleares, que en la semana precedente había sido herido por un casco de metralla. Al hacerlo, con el corazón partido de dolor y la vista empañada por las lágrimas, hubimos de expresar la desesperanza que sentíamos por su restablecimiento ante la gravedad que venía acusándose en su estado cada vez más alarmante y que hacía esperar un fatal desenlace.

Por desgracia, los fatídicos augurios tuvieron pronto dolorosa confirmación. La ciencia resultaba impotente para retener una vida que se escapaba por una herida que pareció en sus primeros

J. M. A.

